

RAMÍREZ PEÑA, LUIS ALFONSO (2007). *Comunicación y discurso. La perspectiva polifónica en los discursos literario, cotidiano y científico*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio. 258 pp. ISBN: 978-958-20-094-3.

Antes de iniciar cualquier recorrido por los caminos de la reflexión se debería correr riesgos para poner en duda y bajo sospecha muchos de los supuestos según los cuales se ha caminado. Por otra parte, siguiendo a Sábato, ciertos libros vitales, ciertas lecturas que encaminan lo que se piensa, no se buscan sino que ellos, de alguna extraña manera, lo encuentran a uno, dando la sensación de que cada uno es el leído en esas lecturas-experiencias. Al investigador y docente Luis Alfonso Ramírez se le conoce como profesor, como lector, y ahora nuevamente como lectura, como alguien que pone en duda de modo riguroso los supuestos inamovibles de la lingüística, la literatura y los estudios del discurso.

Es una obra en la que se piensa el acontecimiento del discurso no desde lo social, ni desde el supuesto de lo ya producido, ni desde la referencialidad o la condición de representación, ni desde la sumatoria establecida en la fórmula *texto + contexto = DISCURSO*; ni, mucho menos, desde una instrumentalidad o subordinación de uso para contenidos conceptuales. El autor no mira el discurso según quien lo recibe, ni en función del otro, ni de lo que contiene, dejando de lado a quienes lo producen. Luis Alfonso Ramírez adopta una postura que, sin rechazar las anteriores, piensa el discurso desde quien lo produce, pues su preocupación, como docente, es pensar la singularidad, dado que no se puede pensar la novedad total. En su reflexión, Ramírez se refiere al riesgo que, desde el lugar del discurso, una persona puede acometer para liberar sus posturas ante el mundo y sus intenciones, sin negar que, de una u otra manera, todos se acogen a lo ya dicho. Sin embargo, acogerse no es reducirse. Pero tampoco hay que poner las maneras novedosas de producción discursiva por encima de las cotidianas, que también poseen algo del individuo, aunque no necesariamente estén dotadas de un cariz novedoso. “No niego la presencia dominante y dominadora ejercida en una frecuencia constante de los poderes y la ideología, pero afirmo que son los locutores quienes poseen las potencialidades para ejercer o terminar el dominio con acciones discursivas”, afirma Ramírez (p.17).

La hipótesis que sustenta esta obra consiste en considerar el discurso como “un conjunto de instancias de voces agrupadas en una voz significativa ante unas necesidades concretas de relación comunicativa y de acción” (pp.17-18). Su enfoque se ubica en la abstracción de las condiciones de producción. En lugar de posar la mirada en la lengua y en unas unidades léxicas y de diferente orden, según el componente establecido en los hablantes, el autor constata que ellos poseen voces, voces que se expresan en una sintaxis determinada por las condiciones y necesidades de comunicación.

El método de la reflexión hecha escritura, que el autor practica también en la oralidad de los encuentros académicos de unas clases de las maestrías en Lingüística Española y en Literatura Hispanoamericana del Seminario Andrés Bello, del Instituto Caro y Cuervo, y en las aulas de la Universidad Pedagógica y la Universidad Distrital, entre muchas otras clases, grupos y encuentros, es un “antimétodo”, como lo ha afirmado muchas veces en sus encuentros pedagógicos. Es decir, su modo de interpretación, antes que presentar categorías, fórmulas y aplicaciones de éstas, aporta indicios y procedimientos para que sus escuchas (o lectores, como en el caso de este libro) no sean receptores sino locutores de su propia producción de sentido.

Son muchos los recorridos realizados por el autor. Al inspeccionarlos, uno puede hallar los diálogos de Platón, los modos de ser culturales del pueblo griego, la manera de ser de la polis, el pensar y actuar de los sofistas, etc. En medio de este encuentro con el mundo griego clásico se encuentra la argumentación, que, además de una técnica establecida en la retórica, es una “dinámica de relación entre los individuos y la polis” (p. 4). Esta dinámica permea su postura y su planteamiento: nunca hay acuerdo sobre lo mismo sino confrontación de diferencias, tensión entre voces y mundos, encuentro que se hace sentido por alguien y para alguien.

Estos supuestos, nacidos en la interpretación, son desarrollados en cada capítulo. En el capítulo titulado “Comunicar, actuar y entender”, Ramírez nos dice que la comunicación es encuentro hecho condición de la relación significativa entre locutor e interlocutor en un acto discursivo. Hay que fugarse de los modelos telegráficos y tautológicos de comunicación, en los cuales el contenido, antes que un motivo de diferencia, es otro lugar de la mismidad, en donde el consenso, mas no la comunicación, es condición previa, crítica que se origina en su conversación conceptual con Sfez (1995) y las teorías comunicativas que éste mismo critica. Por ejemplo el modelo de orquesta de Bateson (1994), un modelo donde no hay quien comunique, pues la singularidad se reduce a aceptar y recrear la inmersión de cada uno en la totalidad comunicativa preexistente. La mirada de Habermas (1987), quien plantea una acción comunicativa, como parte de una acción social, en la cual alguien pone en juego, previa racionalización, sus pretensiones para que sean aceptadas o rechazadas, con un norte: el consenso que realiza un compartir argumentativo de las partes. Este planteamiento y en general, las propuestas teóricas o prácticas sobre la comunicación, el lenguaje y la lengua proponen un modelo y un fin en función de lo conceptual.

En este mismo capítulo el autor propone tres técnicas de comunicación que son respuestas a necesidades culturales, en tanto que son manifestaciones discursivas en las que la vieja dicotomía, oralidad y escritura, deviene tricotomía al disponerse de una tercera técnica, la digital. Son técnicas simultáneas aunque una aparezca primero y las otras sean posteriores. El pro-

blema no es tanto saber cuál fomenta más la conceptualización y garantiza mejor la permanencia de la memoria cultural y de la historia y cuál facilita la interacción, la banalidad y el olvido. El problema es de necesidades, de interacción, de conocimiento y de expresión, es indagar qué quieren los usuarios del sentido.

El capítulo que se titula “Antecedentes de los enfoques discursivos del lenguaje”, Ramírez continúa considerando el acto singular del productor por el cual la comunicación establece o mantiene “relaciones significativas interactuantes entre un origen o productor, su destino o punto de llegada y unas referencias” (p. 25). En otras palabras, el encuentro de las relaciones subjetivas, intersubjetivas y objetivas. En el mundo griego, las relaciones de intersubjetividad que dan cuenta de los usos del lenguaje y, por lo tanto, de la función preponderante de la retórica y la presencia de los sofistas para enseñar una manera de llegar a ser ciudadano, se desarrollaron gracias a la condición democrática de la polis: utilidad discursiva del lenguaje, que se observa en Aristóteles (1985) y que se recupera en Perelman (1989, 1997). Esta referencia al mundo antiguo no se hace tanto para sostener un mundo que cree y se consolida en la democracia como para hacer dudar de la verdad y la transparencia en un mundo actual que pierde la unidad de la verdad y donde el lenguaje como representación posee cimientos débiles y amenaza con derrumbarse, un mundo donde la retórica resulta necesaria para hacer evidente lo no evidente e, igualmente, lo evidente.

Otra tendencia que propone una respuesta a la pregunta sobre dónde aparece lo discursivo, si es que aparece, es la que se ubica en las relaciones entre los mundos del texto, los consumidores de textos y los productores de textos. Se vuelve entonces a una perspectiva social y cultural. Es el caso de Wodak y Meyer (2003), entre otros. Estas nuevas posturas o teorías no examinan solamente qué se dice ni cómo se dice sino también cómo se impide decir o cómo se impide desde el decir, y también cómo se cultiva la desigualdad en el lugar del discurso, una de las preocupaciones de Teun van Dijk (1998). Las nuevas tendencias se caracterizan por ser actitudes del investigador frente a usos sesgados del discurso en cuanto instrumento de control. A muchas de estas tendencias se las enmarca en el “análisis crítico del discurso”.

Y, en este camino de propuestas, otra sale al encuentro para ser interpretada, una que ve el discurso según la manera como alguien lo produce y produce mundo, y que también mira cómo alguien es producido por el discurso de los demás. Por eso, afirma Ramírez que no sólo se piensa cómo dominar con el discurso sino que igualmente se proponen maneras de fugarse mediante el discurso

En el capítulo “Las voces en la culturización, socialización e individualización del discurso” se parte de un supuesto ya nombrado, la comunicación como condición, pues, de lo contrario, las condiciones de producción

de sentido no serían condiciones sino simples competencias o simples agregados explicativos del contenido. Es cierta base común lo que provoca un encuentro: “la comunicación no se da entre quien sabe y no sabe nada; requiere, en cualquier caso, de una base común y compartida de saber”, afirma el autor (p. 91). En este capítulo se observa que, en la comunicación, el locutor es quien hace posible al otro al prefigurarle y redireccionar lo que concibe de él en el curso del encuentro, no necesariamente cara a cara. Es también quien selecciona los referentes con las motivaciones para hablar. No obstante, el otro, como sociedad, afecta lo que el locutor propone, pudiendo incluso sesgarlo al convertir su singularidad en continuidad de “lo mismo”. Esta posibilidad del locutor y la influencia de la intersubjetividad aparecen como contenidos, siendo saberes o conocimientos que adquieren límites por las necesidades del locutor y por la situación en que se producen, pues ellas mismas superan o desbordan los significantes que los realizan. Por lo pronto, existen tres condiciones o ámbitos de saber, no datos o categorías contextuales: la cultura, la sociedad y el individuo. Esta puesta en el sentido de múltiples voces bajo la voz de alguien, para alguien, según unas necesidades y orientaciones; este despliegue de una multiplicidad de las voces es una manera de darse la polifonía, no necesariamente un aparecer presente de voces ajenas, también ausente, además no solo como palabras, también como discursos.

El capítulo “El discurso como argumentación, narración y descripción” nos muestra que la sintaxis, antes que de formas o de palabras, es de voces, y que éstas poseen tres maneras: argumentación, narración y descripción. Cada una se diferencia de las otras por la mayor o menor presencia del individuo, de la cultura y la sociedad como contenidos. Si el individuo se manifiesta discursivamente en propuestas, planteamientos, opiniones, puntos de vista, etc., la argumentación es la sintaxis que ordena según unos significantes las necesidades de la significación. Si lo que predomina es la constatación y las relaciones cronológicas intervienen en este ordenamiento, la sintaxis es narrativa, y si lo que se busca es mostrar y predomina la voz de lo referido, con poca o nula presencia de quien produce el discurso, se habla de descripción. Esta última muy pocas veces se manifiesta sola: forma parte de las dos anteriores.

Y en este recorrido “goloso” entre los diferentes capítulos, otro que llama la atención es el titulado “El discurso como enunciación del texto”. Lo que mueve al autor es presentar cómo se distribuye el contenido según la manera particular de organizarse las formas significantes en función de las necesidades de la comunicación. Y esta distribución no es de formas sino de presencias de condiciones de producción, que se realizan en los que se denominan “marcadores”, los cuales son las formas que indican desde dónde y sobre qué se habla. Los marcadores establecen las relaciones entre el discurso y las identidades que producen la comunicación y las acciones.

Tal vez en este capítulo se plantea un choque con las concepciones más comunes, en las que nombrar el texto es nombrarlo todo, es nombrar el contenido mismo; hasta en el sentido común, es designar el objeto material de una lectura. En el caso presente, vistas las necesidades de las ciencias del lenguaje y sus propuestas, en la lingüística, la semiología y otras disciplinas el texto se piensa como esa necesidad, el texto no resulta ser ese constructo estructural y sistemático que supera cualquier hecho concreto, esa necesidad de abstraer como condición para pensar. Por eso se habla del texto como olvido de quienes deberían ser recordados: los agentes de su producción y las condiciones de su gestación. Es su predominio lo que también permite el dominio de la función representativa del lenguaje, con lo que se invisibiliza el discurso mismo. Entonces, si el texto es olvido, el discurso es presencia, es concreción significativa, es “una inclusión de las voces del ‘él’, del ‘ello’ en el texto, del ‘yo’ en la enunciación y del ‘tú’ en el discurso” (p.157). Y la enunciación consiste en el proceso de producción que delimita el texto al evaluarlo, al ubicarlo en la irrealidad y al organizar las estructuras significantes en narraciones y argumentaciones: es la verdadera aparición de la voz de un productor, denominado “enunciador”.

Otro punto de llegada, “Las voces en los discursos ordinarios, científicos y literarios”, guía la reflexión por un nuevo derrotero y la conduce a una dimensión discursiva relacionada con los escenarios que constituyen los saberes desde donde se habla, sea desde el individuo, la sociedad o la cultura. Los dominios son esos saberes y prácticas particulares que posee y maneja el individuo. Los ámbitos son saberes y prácticas que orientan las actuaciones de oficios, profesiones y roles que se han constituido en imaginarios colectivos. Y los marcos son los saberes seleccionados de los ámbitos, selección dinamizada en los procesos mismos de producción. En este apartado se hace referencia, además, a los modos como se dan estos saberes en la representación y estos contenidos según el ámbito. De esa pluralidad forman parte, en primer lugar, la imagen, contenido perenne y concreto, sujeto al aquí y al ahora, a la cotidianidad y a la interacción inmediata, a los afectos y a la percepción, en segundo lugar, el concepto, contenido más general y perdurable por extraerse de él la experiencia del mundo, producto de dinámicas abstractas y de generalización, elemento común al discurso técnico-científico y a los ámbitos académicos, científicos y técnicos y, finalmente, la imagen poética o imagen conceptual, que generaliza y especifica, pone en tensión lo singular y lo general, lo abstracto y lo concreto, y es característico del discurso literario. La significación como pluralidad de procesos también tiene una manera de teñir el discurso. Estos procesos, que no deben confundirse con figuras retóricas o literarias reducidas al límite de la palabra, son la sinecdoquización, la metonimización y la metaforización. La primera es la relación entre la significación propia de la imagen y la representación que posibilita la producción del discurso de la cotidianidad se-

gún las relaciones parte-todo y todo-parte. Los procesos metonímicos establecen relaciones de contenidos conceptuales desprovistos de condiciones de producción, los cuales fundan la significación en relaciones causa-efecto. Y los procesos metafóricos, por su parte, articulan los mundos del locutor y el discurso a partir las relaciones de comparación del mundo referido y el mundo propuesto.

Ya al final de su recorrido, Ramírez busca mostrar una ruptura con la unanimidad del entendimiento, pues ambos, el locutor y el interlocutor, producen su andadura en el discurso, andadura que, de una primera manera, busca un mayor ajuste de los interlocutores a la inmediatez y al reconocimiento del contenido en función de la permanencia del contacto, la comprensión; de una segunda manera, hace que el locutor produzca búsquedas que el interlocutor asume (por ejemplo, en el acto de la lectura, en la cual el “lector es conducido al acceso y búsqueda de conocimiento e información” (p. 244), la explicación, y, de una tercera manera, da lugar a un acontecer hermenéutico en el cual el locutor y el interlocutor se ajustan a las aperturas de sentido y donde se reconoce la diferencia entre la propia voz y la del otro, pues hay un cotejo de diferencias en la cual el sentido se va construyendo en el acontecer mismo del acercamiento al acto discursivo, manera propia, pero no exclusiva, de la literatura, la interpretación.

Este último proceder del encuentro dado por el entendimiento en la significación es la manera de proceder de un individuo que busca y quiere experimentar su singularidad. La interpretación implica ser responsable del sentido, encontrar sus fuentes, defenderlas, pero sin asumir un cierre o agotamiento de las posibilidades que ni siquiera quien produce supuso. Por eso, en el discurso, y por él, se puede ser libre: “La interpretación es no dejarse repetir, ni entrar en el círculo de lo mismo de los otros. Es no dejar reducir su diferencia a las reiteraciones de los demás, con quienes se comparte el anonimato, en una masa en la que todos carecen de voz porque hay una sola que las representa” (pp. 256-257). Este locutor e interlocutor, que camina en la interpretación, es el lector o auditorio buscado, compuesto, antes que de profesores, académicos y estudiantes universitarios a quienes les interesen las reflexiones acerca del lenguaje, el discurso y la docencia, por individuos que se dejan provocar por la diferencia propia del sentido de quienes aun sospechan y crean.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARISTÓTELES (1985). *Retórica*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- BATESON, G. (1994). *La nueva comunicación*. Barcelona: Kairós.
- HABERMAS, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Altea, Taurus, Alfaguara.

- PERELMANN, C. (1989). *Tratado de la argumentación*. Madrid: Gredos.
- PERELMANN, C. (1997). *El imperio retórico*. Bogotá: Norma.
- SFEZ, L. (1995). *Crítica de la comunicación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- VAN DIJK, T.A. (1998). *Ideología*. Barcelona: Gedisa.
- WODAK, R. y MEYER, M. (comp.) (2003). *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona: Gedisa.

Gonzalo Rubiano Bernal
gonzoliosalfar@gmail.com